

de cuando en cuando (sin embargo de la guardia de gendarmes, y de los celadores Ordenados que procuraban impedirlo,) esas oleadas que forma una muchedumbre que pugna por avanzar para situarse lo mejor posible y gozar más á su gusto de una gran solemnidad.

El espectáculo que en esos momentos ofrecia la Catedral era tan soberbio, que superó con mucho al del precedente día y probablemente al de cualquiera otra solemnidad habida en la Basílica en todos los tiempos pasados. Vamos á dar una idea de la compostura de la Iglesia comenzando por **El Catafalco** ó monumento fúnebre que se erigió al héroe de la caridad en su primer Centenario.

Levantóse la magnífica pira bajo la penúltima bóveda de la nave del centro y se compuso de cuatro cuerpos, que fueron: el zócalo, la plataforma, el templete y una pirámide con la cruz como remate. De cada uno de esos cuerpos haremos una breve descripción, valiéndonos al efecto, en grande parte, de la que, por la primera vez, produjo la pluma de un distinguido escritor jalisciense, que ahora es un ilustrado miembro de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española de la Lengua.

La base de la elegante pira la formó una plataforma de cerca de metro y medio de altura, por siete y un tercio metros en cada uno de sus costados, que imitaban riquísimo mármol negro, y á la cual se ascendía por cuatro escalinatas de siete gradas, á cuyos lados y sobre todo en este primer cuerpo, corría una balaustrada imitación también de bronce antiguo, interrumpida por ocho pedestales que le servían de apoyo y sustentaban otros tantos pebeteros de color de mármol verde antiguo, con adornos dorados superpuestos, que arrojaban sin cesar columnas de aromático incienso, que en ténue velo envolvían el catafalco. En los cuatro ángulos de esta plataforma se destacaban, sobre cuatro trozos de columnas estriadas que sostenían pequeños basamentos de imitación de mármol verde, de figura

caprichosa, las cuatro Virtudes Cardinales, produciendo un efecto magnífico; mientras que sobre la balaustrada brillaban las luces de ciento sesenta y ocho cirios, repartidos en toda su extensión. Y por último, en cuatro lápidas blancas, imitación de mármol que en los costados oriente y poniente de la plataforma se ostentaban, habia algunos sonetos.

Tal fué el primer cuerpo ó base del catafalco.

El segundo cuerpo, como indicamos, lo constituyó el zócalo. Construida esta parte del monumento de color vistoso de mármol verde, se levantaba sobre la plataforma, teniendo más de un metro de altura y cerca de cinco en sus costados, á los cuales, á simétricas distancias, adheríanse doce pedestales del propio color marmóreo, con incrustaciones de negro y oro, que les daban resaltante esplendidez. En los pedestales de los ángulos elevábanse cuatro trozos de columnas truncadas que recibían otros tantos candelabros de cerca de tres metros de altura, de color de mármol blanco y adornos dorados, con cuatro hachas en su base y una en su cúspide; y sobre los demás pedestales resplandecían diez y seis grandes luces, sostenidas por igual número de candelabros de finísimo metal.

Como tercer cuerpo del catafalco, se destacaba aéreo, elegante y gracioso un hermoso templete que, compuesto de cuatro portadas dóricas, unidas por un suntoso cornisamento, era de color de mármol jaspeado con adornos de oro, que brillaba especialmente en el friso, en los dentellones y en la corona de la cornisa. Descansaban sobre ésta veinte candelabros con otros tantos cirios, y entre aquellos, cuatro de color de mármol negro y oro, de dos metros de altura, que correspondían sobre el cornisamento á las aristas de la pirámide. En el friso se leía una inscripción en letras doradas, en relieve, que decía:

GUADALAXARIANA METROPOLITANA  
ECCLESIA VENERANDO SUO ANTISTITI  
ILLMO. DOMINO AC MA-  
GISTRO D. FRATI ANTONIO ALCALDE  
IN PRIMA  
EJUSDEM POST OBITUM CENTURIA.

El interior del templo estaba adornado con un rico pabellón de terciopelo que ostentaba los colores de la Orden Dominicana y que terminaba en flecos de oro, recogidas las extremidades con gruesos cordones y grandes borlas también de oro, en los intercolumnios. Mas en el pavimento de esta parte de la pira descansaba un túmulo, en forma de extensa urna cineraria, que imitaba el mármol verde, con entrepaños de mármol blanco para las inscripciones. De los costados de la urna pendían gruesos anillos dorados, y encima, sobre un cojín encarnado, veíase, como insignia del Pastor, la sagrada mitra. Rodeaban, por último, la urna las Virtudes Teologales, de tamaño natural, y hacían el encomio brevísimo del santo finado.

Como último cuerpo y corona del catafalco se levantaba sobre la techumbre del templete una airosa pirámide en cuyo extremo descollaba una cruz griega de ráfagas doradas y con la cual venía la pira á tener de altura quince metros aproximadamente. En el lado oriental de esta pirámide, sobre la cornisa del templete, y dando frente al marmóreo ciprés de la Catedral, se apoyaba un escudo de imitación de lapilázuli, en cuyo centro aparecía un magnífico retrato que del Illmo. Sr. Alcalde facilitó el Sr. Lic. D. Agustín Villa, uno de los admiradores y encomiadores más inteligentes y eruditos en la historia del Venerable Prelado. Hacían como guardia al retrato, sosteniendo con una mano el escudo á derecha é izquierda, dos geniecitos de imitación de blanco alabastro, que, en doliente actitud, y en la mano que les quedaba libre, portaban las insignias episcopales, uno de ellos, el de la derecha, el báculo, y el otro, el de la izquierda, el pectoral. Como correspondiente, al lado contrario del ocupado por el retrato, dejábase ver, en el costado occidental de la pirámide, el simbólico escudo de la Orden de Predicadores.

Este fué el monumento fúnebre que se

erigió al héroe de la caridad de Jalisco, en la primera Centuria de su muerte.

Pasemos ahora á decir algo sobre—**La restante ornamentación del templo.**

Nunca tal vez, dijimos, habíase mostrado la Santa Basílica de Guadalajara tan hermosa, tan espléndida, con su traje enlutado, como en este Centenario de su más caritativo Prelado; pues los arcos de duelo que para la fúnebre solemnidad se le vistieron la comunicaron un no sabemos qué de gracia y de belleza que llamó vivamente la atención y agradó sobremanera. En la imposibilidad de pintar con la palabra esos atavíos lúgubres que daban á la Santa Iglesia el aire de toda una reina de la belleza y del dolor á la par y que solamente al arte pictórico sería dado expresar, vamos á indicar brevemente lo que formó el resto de la ornamentación del metropolitano templo en ese día.

Primeramente, en el espacio de la nave central, que quedó mediando entre la escalinata oriental del catafalco y la que conduce al panteón ó al altar mayor del vasto templo, se distribuyeron en hileras doce blandones de metal, ricamente trabajados, que sostenían otras tantas hachas descansando sobre ellos; y al fin de ambas hileras, y como presidiéndolas y guiándolas á manera de jefes hácia el trono del Santísimo, colocáronse dos grandes candelabros de seis metros de altura, de figura piramidal, imitación de mármol negro antiguo con escudos blancos por adorno, y teniendo cada uno cuatro hachas en su base, y otra, rodeada de diez y seis cirios formando coronilla, en su extremidad. Fuera de esto y sobre repisas construidas *ad hoc*, en las pilastras de las naves laterales, destacábanse soberbios y resplandecientes candelabros dorados que sostenían grandes y ardientes cirios y que proporcionaron, como un obsequio á su egregio benefactor que tantos favores le prodigó, las Monjas de Santa María de Gracia, las de Santa Mónica y las de Jesús María. Además de lo expuesto, y siguiendo en el mismo orden de ideas, hay

la muerte, pasando por aquí, veloz como el relámpago, envolvió en fúnebre manto al héroe gigante, como gigante fué su misión, inmensa su obra y sublime su gloria.....!

¿Quién es ese muerto? ¿Cuál es ese héroe?

Ah! ¡Ese muerto fué un humilde Religioso; ese héroe fué un Prelado ilustre! Cien años ha que pasó por aquí..... y las lágrimas de la viuda y del huérfano y el infortunio del atribulado corazón, son los elocuentes trofeos que, cual regia guirnalda, coronan la tumba del héroe.....! ¡Mudo y sublime lenguaje que agradece los beneficios del Prelado querido! ¡Manifestación grandiosa de que aun vive él en el corazón de un pueblo que hoy, después de veinte lustros, viene reverente á depositar coronas en el túmulo de sus recuerdos!.....

¿Quién es, repito, ese héroe.....? ¿Cuál la influencia de su obra en bien de la humanidad?

Yo no descubro, Señores, en esta monumental Basílica, ni en el grandioso mausoleo, ni los distintivos de la opulencia, ni las insignias de ilustre caudillo, ni los símbolos del arte ó de la ciencia profana, ni el aparato de poderoso monarca. Si algo de esto viera, no me admiraría; porque á mí no me sorprende, ni á vosotros tampoco, que la muerte arrebató al hombre opulento, ni que haga espirar al guerrero entre laureles, ni que domine al artista y al sabio, ni que suba las gradas del trono y haga rodar las testas coronadas. Nada de esto nos sorprende, porque sabemos muy bien que aquel gran personaje bíblico, que tenía encadenados á sus piés la riqueza, la gloria, el arte, la ciencia y el poder, exclamó:

"Vanidad de vanidades y todo vanidad....." (1)

¿Pero qué, Señores, ni á los héroes de la caridad respeta la muerte....? ¿Por qué se atreve á paralizar el corazón de

(1) Eccles. c. 12, v. 12.

que brotara caudaloso torrente que fertiliza los tristes campos de la miseria? ¿por qué.....?

Ah! contemplemos la grandeza sublime del Calvario é inclinémonos reverentes ante el plan amoroso de la misericordia de Dios.....!

¿Qué diferencia, Señores, entre los héroes del mundo y los de la Religión! Los laureles de aquellos se marchitan por el soplo de la tierra; los de estos son siempre reverdecidos por el soplo del cielo.

Mas entre estos últimos héroes ocupa lugar distinguido el gran benefactor cuya sentida muerte siempre lloraremos y cuya grandeza hoy conmemoramos: el Illmo. Sr. D. Fray Antonio Alcalde.

Hace ya un siglo que murió.....!

¿Entonces la ciudad y la Diócesis de Guadalajara gimieron bajo el peso de inmenso dolor.....!

¡Ah! si yo pudiera trasladaros al momento histórico del lamentable suceso, os diría: "¡Mirad exánime á aquel cuyo corazón tanto os amaba! ¡Mirad velado por la muerte el semblante expresivo de grandes virtudes; mirad inmóviles las manos que cubrían con las caricias del consuelo y del socorro á los infortunados y menesterosos!" Yo os enseñaría las lágrimas del huérfano, de la viuda, del enfermo, del necesitado y del poderoso, que entre sollozos exclamaban: "Murió el *Pastor amantísimo, el amigo de los que sufren, el padre de los pobres.....!*"

Pero no nos encontramos en presencia de aquel luctuoso acontecimiento, y falta la impresión dolorosa del momento.

No obstante, tengo que haceros presente la valiosa herencia del héroe que os llenó de beneficios; y tengo la alabanza y la gratitud de todo un siglo y el fallo magnífico de la historia; porque el Sr. Alcalde vive en los monumentos de su obra providencial, en la historia, en el corazón de los mexicanos, y señaladamente en los de las Diócesis de Yucatán y Guadalajara; y vive, además, así lo espero, en el cielo.

corresponde á los más preclaros héroes de la caridad.

## I.

Por una ley providencial de la filosofía de la historia, los grandes hombres deben ser estudiados en sus relaciones con la época y con los pueblos en que desarrollaron su acción.

Es necesario, por tanto, en el caso nuestro, no perder de vista el estado de la Religión, de las ciencias, de la política, de las instituciones civiles y hasta de las preocupaciones. El Illmo. Sr. Alcalde perteneció al siglo XVIII. Nació el 16 de Marzo de 1701; y si la villa de Cigales, en España, tiene la gloria de haber sido su cuna, varios conventos de la Orden Dominicana, especialmente el de Jesús María, de Valverde, la tiene de haberlo preparado para su gran misión; y cábeles á la Diócesis de Yucatán y de Guadalajara, la honra de haber sido el campo de su acción apostólica y caritativa. (No he investigado, Señores, si el Prelado á que me refiero tuvo riquezas y títulos nobiliarios, porque la humilde gruta, y no el soberbio palacio, es ordinariamente la cuna de los apóstoles de la caridad.)

El Siglo XVIII se señala en la Historia como una edad de grandes agitaciones religiosas, políticas, sociales y científicas. El Protestantismo, vencido en el órden religioso por el Concilio de Trento y en la liza científica por el inmortal Bossuet, había concentrado su acción en el laberinto de la política y en los cenagosos y estériles campos de las pasiones desenfrenadas. El Jansenismo, lobo rapaz con piel de oveja, perseguía á la verdad religiosa y á la científica. La Filosofía Racionalista, propagada principalmente por la nebulosa *escuela crítica*, obscurecía las inteligencias y empujaba á los pueblos á la anarquía y al sensualismo. Y la literatura satírica y tristemente célebre de Voltaire y su escuela, trató de ridiculizar las instituciones que más honran y favorecen los verdaderos intereses de la humanidad.

Una prueba de esa vida es esta solemnidad centenaria: muy justa por cierto; porque si estas fiestas no se celebran en honor de los grandes benefactores de la humanidad, nunca tendrían razón de ser. Mas aunque en la historia de la civilización jalisciense podría mencionarse innumerables hombres benéficos, pero ninguno hay que iguale ó exceda á la grandeza del Sr. Alcalde. Sí, el gran Prelado realizó la magnífica teoría relativa al Obispo católico enseñada por el Principe de los Apóstoles en las palabras que me sirven de tema. Pastor celosísimo, apacentó la Grey que Dios le confiara, informándola con la fé, la humildad, la caridad y la ciencia; la apacentó con todo su espíritu, con su inteligencia y su corazón, con la vida espiritual y con la vida física: fué la forma grandiosa de la Grey, no solo en su época, sino también en las generaciones del porvenir. Por esto el héroe es acreedor á la inmortalidad. Esto es lo que significa el Centenario, y esto lo que venimos á hacer aquí. *Pascite qui in vobis est....* Mas la aplicación de este texto en el sentido indicado, está autorizada por la luminosa y profunda exposición del Angel de las Escuelas.

Yo lamento, Señores, no haber conocido al héroe, no haberlo tratado, no haber escuchado su voz inspirada de apóstol de la ciencia y de la caridad; yo lamento no haber sido iluminado por su inteligencia poderosa é inflamado por su corazón de fuego; pero me creo honrado y feliz al hacer su elogio y al colocar en nombre de la Religión y en representación de un pueblo creyente, noble é ilustrado, la corona de gloria en el monumento del héroe. Dios Nuestro Señor, que quiere y aprueba la glorificación de los héroes cristianos, me auxiliará con su divina gracia, para desarrollar el siguiente pensamiento que constituye el núcleo de mi discurso:

*El Sr. Alcalde merece por su grande obra religioso-social, derivada de sus excelentes virtudes personales, la apoteosis que*

Frutos de la acción de esas fuerzas coligadas fueron: el Cesarismo en una de sus más despóticas manifestaciones, ó sea la expulsión y extinción de la benemérita Compañía de Jesús: la Revolución Francesa con todos sus horrores salvajes y sus incontables infortunios, la ruina de las costumbres causada por la ignorancia y la soberbia: y la miseria producida por el lujo y el egoísmo....

Las naciones del Antiguo y del Nuevo Mundo se resintieron de esas tremendas convulsiones; y México sintió también los efectos de ese orden de cosas, principalmente con la bárbara expulsión de los Jesuitas, que eran en aquel entonces los apóstoles de la civilización por medio de las Misiones y de los Institutos científicos. Pesaba, decirse puede, sobre las masas populares en nuestra Patria, el triste yugo de la ignorancia y la miseria.

Pues bien: en esa época fué cuando realizó el Sr. Alcalde su misión religiosa, científica y social, para bien de nuestra Nación, y en particular de las Diócesis de Yucatán y de Guadalajara.

Hé aquí de qué manera:

Por medios especialmente providenciales hizo Dios Nuestro Señor que el humilde Religioso de Valverde, entregado á la oración, á la penitencia y al estudio, lejos del bullicio del mundo y en la callada soledad del claustro, fuera elevado á la dignidad episcopal. El 1.º de Agosto de 1763 lo vemos aparecer en la Diócesis de Yucatán ya investido de la plenitud del sacerdocio que había recibido en Cartagena, en Mayo del mismo año. Permitidme, Señores, en esta parte de mi discurso, una breve digresión, que servirá como de preámbulo al desarrollo de mi tesis.

Según la teoría de la profunda Filosofía Escolástica, cuyo representante más sabio y caracterizado es Santo Tomás de Aquino, que perfeccionó la vasta y magestuosa síntesis de la fé y de la ciencia, comenzada por los Padres de la Iglesia y continuada por las Escuelas

Dominicana y Franciscana; según esa doctrina, repito, los elementos constitutivos de toda sociedad humana son la *multitud* y la *autoridad*, ó sea la *materia* y la *forma*, por comparación á los compuestos físicos. La sociedad religiosa, de consiguiente, la sociedad más importante para que la humanidad llegue á su final destino, sujétase también á esa ley de la Filosofía Cristiana. Síguese de aquí que el Sumo Pontífice en toda la Iglesia y los Obispos en sus respectivas Diócesis constituyen la forma de la sociedad religiosa, para apacientarla según la doctrina y el corazón del Pastor Supremo de las almas; y que ellos son tanto la forma sustancial como la accidental: aquella, para concretar el ser social, y ésta, para embellecer la Grey y fertilizar hasta la exhuberancia los amenos campos de los pastos del alma. De conformidad con estas ideas, para cumplir el Obispo con su altísima misión de *forma de la Grey*, bástale llenar sus deberes estrictos y realizar sus derechos; mas para ser un *héroe* necesita apacienta el rebaño con acciones extraordinarias, con celo incondicional y abnegación absoluta, consagrándole toda su inteligencia, toda su voluntad, su ciencia, su amor, en fin, su vida entera... *forma facti gregis ex animo*.

Así fué, Señores, el Illmo. Sr. Alcalde.

Miradlo, si no, con la grandeza y la sencillez del apostol informando á la grey con la vida religiosa, primero en Yucatán y después en Guadalajara.

En la importante Diócesis de Yucatán, el egregio Prelado qué hace?

Como primer acto solemne del culto, el Illmo. Sr. Alcalde consagra la monumental Matriz; visita luego con apostólico celo y por dos veces la vasta Diócesis, inundándola con los raudales de luz de la verdad evangélica ó inflamándola en los amores purísimos del cielo; fomenta bajo diferentes aspectos el culto divino; dá la forma más conveniente al clero, para que su acción eminentemente civilizadora produzca ópimos frutos; enriquece la Catedral y muchas i-

glesias con ornamentos valiosos y busca cual Pastor amantísimo á todas las ovejas para abreverlas en las saludables aguas de la fé, de la caridad y de todas las virtudes.—Enorgullécete, sí, oh Yucatán oh dichosa Provincia del Reino de Cristo por haber abrigado en tu seno, aunque por breve tiempo, á tan egregio Prelado!.....

Véamos ahora al Sr. Alcalde en Guadalajara

Un acontecimiento de trascendental importancia llevó, Señores, á la capital de nuestra Patria al venerable Prelado; la celebración del IV Concilio Provincial, convocado y presidido por el Illmo. Sr. Lorenzana. En aquella respetable Asamblea se manifestó el Sr. Alcalde como un sabio profundo y un varón muy prudente y virtuosísimo; cooperó á la formación del Catecismo Mayor, predicó con éxito brillantísimo y edificó á todos con su ejemplar vida. Mas antes de terminarse el Concilio, fué nombrado Obispo de Guadalajara, habiendo tomado posesión del Obispado, en su nombre, el 19 de Agosto de 1771, el Sr. Maestrascuelas Dr. D. Manuel Colón y Larreátegui (1), y haciendo su entrada el V. Prelado hasta fines del mismo año á la capital de su nueva Diócesis, que fué donde realizó su principal acción religiosa.

Ya tenemos en nuestra ciudad al santo Dominicano de Valverde. Qué hace?

Ah! Señores, aquí la vista se pierde al dilatarla por el inmenso campo de las obras del insigne Prelado!

Demos una ojeada, siquiera sea rápida, á su acción religiosa, primero; luego á su acción científico-literaria; y después á su acción social.

Acción religiosa del Sr. Alcalde.

El culto divino, grandiosa manifestación del respeto, de la gratitud, de la alabanza, de la adoración y del amor que debemos al Ser Supremo, fijó desde luego la atención del eminente Pastor: y

[1] Libro 12 de Actas del V. Cabildo de Guadalajara.

una vez en este camino, edificó iglesias principalmente el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, el templo de Belén, y parcialmente el Sagrario; contribuyó poderosamente á la reedificación de muchas iglesias en las parroquias foráneas, como la de Zapotlán y otras; fundó y dotó varias funciones religiosas, entre otras la de Sr. San José (1), del sublime Patriarca que en nuestra época ha sido declarado Patrono de la Iglesia Universal, y que en el orden del culto ha llegado, en nuestros días, al zenit de espléndida gloria; aplicó su acción apostólica y ascética al fomento y perfección de las Comunidades Religiosas, de esos oasis místicos en el desierto de este mundo, de esos benditos asilos de la ciencia y de la virtud en que los corazones bastante grandes para despreciar las glorias y placeres mundanales, viven con la vida del cielo, y ofrecen á Jesucristo, con la práctica de los consejos evangélicos, magnífico obsequio de alabanza y amor; hizo varias veces, aunque parcialmente, la Visita de la entonces extensísima Diócesis, iluminando á todos sus hijos con la hermosa luz de la verdad cristiana y santificándolos con la influencia de la gracia divina, de esa palanca poderosa para levantar el corazón humano hasta las grandezas del cielo. En suma, Señores, omitiendo otros numerosos hechos que no es dado especificar en un discurso del género del presente, os indicaré dos ideales que iluminan la acción del Gran Prelado; dos amores purísimos que en el orden concreto de la Religión y de la piedad, brotan de su magnífico corazón como las cristalinas corrientes emanan de purísima fuente: esos dos ideales, esos dos amores, son el culto del Santísimo Sacramento y el de Nuestra Señora de Guadalupe. En esta parte, no solo aprobaba y enriquecía con valiosas gracias todas las hermandades del Santísimo y las asociaciones Guadalupanas que

(1) Libro 12 de Actas del V. Cabildo de Guadalajara.

que añadir que del centro de las bóvedas de la Matriz pendían diez y siete candiles profusamente iluminados, y otros diez y ocho peñones que se encontraban alumbrando á los lados de los altares. De suerte que la Catedral, en medio de su fúnebre aderezo, brillaba como una ascua de oro, contrastando el resplandor de las antorchas y los fulgores vivísimos del oro, de la plata, del cristal y de los paramentos sagrados, con las lúgubres y negras colgaduras y demás arreos de duelo del templo.

Por lo que á esto último se refiere, haremos notar que en esta parte se puso grande esmero y que el atavío de la Iglesia constituyó una verdadera novedad. El gracioso pabellón que, del centro de la bóveda respectiva y dividido en cuatro gajos que por sus extremidades ondulantés quedaban sujetos á las columnas, airoosamente descendía sobre el ciprés de mármol, así como la elegante cobertura que á este envolvía, indicaban con su fúnebre crespón, en el sitio principal de aquel sagrado recinto, el duelo de la Matriz, huérfana de su antiguo Pastor; y á ese mismo duelo, al gemido y á las lágrimas contribuían las enlutadas naves del templo, á cuyas pilastras y columnas daban aspecto funerario diez y ocho cortinas de percal y ocho de gaza transparente, de á diez varas de largo cada una, situadas, las primeras en las pilastras, y las segundas en las columnas, en sentido longitudinal y ondulando tristemente de cuando en cuando al soplo del viento. Finalmente, los negros moños de los candelabros, los fúnebres arreos del altar, las negras vestiduras sacerdotales, el oscuro y denso velo que ocultaba el coro y el nuevo hermosísimo cimborio, y el traje de luto de la selecta concurrencia que llenaba con especialidad la nave media del templo; todo, todo venía á realzar el aspecto severo, doliente y atribulado de la espaciosa y hermosa Basílica Metropolitana que, cual reina viuda, lamentaba la eterna ausencia de su sacro esposo de otros días.

Tal era el magnífico golpe de vista que

la Catedral de Guadalajara ofrecía desde luego en la mañana de ese inolvidable ocho de Agosto del presente año. Todo, como se vé, convidaba al recogimiento, á la unción y á un duelo santo, al dar principio—*La Vigilia*—ú Oficios de Difuntos, con que empezó la ceremonia, en honra y sufragio por la bendita alma del mirado difunto.

Comenzó, pues, el acto, á las nueve de la mañana, con un concurso tan selecto y numeroso, y aun mayor, que el de la víspera.

Concluida la Vigilia, para la cual se cantó un solo Nocturno, ejecutándose á grande orquesta el Invitatorio y todo lo demás á canto llano, siguió inmediatamente—*La suntuosísima Misa de Requiem*.

La obra musical que, previo diligente ensayo, principalmente por parte de los niños, ejecutóse en esta vez por la propia orquesta, de la *Vigilia*, fué la del insigne maestro italiano D. Carlos Coccia, uno de los autores de más sentido religioso y de los más expresivos y dramáticos en el desarrollo de sus ideales en la artística Italia. Toda esa *Misa de requiem* del citado autor es magnífica, espléndida, y está en perfecta armonía con su objeto, encontrándose en ella subordinada la música á la letra, la armonía á la idea, el arte á la Religión. Todo en ella respira la unción santa, la tristeza cristiana, las tribulaciones, temores y ansiedades y á la vez la esperanza firmísima del alma que, para llegar á las esferas de luz de la dicha sin fin, tiene que atravesar antes las regiones del fuego del sufrimiento y de la purificación. Pero sobre todo, lo que más encanta, lo que arrebató, lo que transporta el espíritu á horizontes y alturas ignotas de un idealismo inefable, en esa *Misa* del inspirado artista, es el *Dies irae*, la sublime *Sequentia* la tiernísima y dolorida Prosa que la Iglesia en su liturgia destina para elevar al cielo en gemebundas endechas y dolorosos trinos sus plegarias juntamente con la Oblación de

valor infinito, por las almas de los que fueron.

Concluida, con la suntuosidad que acabamos de indicar, la grandiosa *Misa de requiem*, subió á la Tribuna sagrada, ricamente enlutada, el orador de la lúgubremente espléndida solemnidad, Illmo. Sr. Dr. D. Atenógenes Silva ya en esos días preconizado Obispo de Colima.

Estas fueron las dos solemnidades eucarística la una, y fúnebre la otra, que, rivalizando entre sí en suntuosidad y grandeza, verificáronse los días 7 y 8 de Agosto último, en la Catedral de Guadalajara, y que vinieron á formar como el prólogo y á la vez como el alma, el núcleo y el foco resplandeciente y vivísimo de todas las demás espléndidas, tiernas y sublimes manifestaciones que, nunca vistas algunas en la Reina de Occidente, y superando asombrosamente su realización á cuanto se habla concebido y pudiera esperarse, tuvieron lugar varios días en la ciudad, entre los arranques del más puro entusiasmo y expansiones de la más acendrada gratitud.

¡Y que el egregio y santo Obispo cuyo programa de gobierno fué constantemente la caridad, la caridad y siempre la caridad, proteja siempre desde el cielo, con sus ruegos, en todas las vicisitudes, á la Diócesis que tanto amó, á los hijos todos para quienes creó, encausó y dió libre curso á un torrente incesante de beneficios!.....

Guadalajara, Octubre de 1892.—PREBENDADO DR. Ramón López.

## DEFUNCION.

El día 14 del corriente falleció en Teocaltiche el Señor Presbítero D. Antonio Luna.

R. I. P.

## Oracion fúnebre.

Pascite qui in vobis est gregem Dei. . . . forma facti gregis ex animo. . . . et percipietis immarcesibilem gloriae coronam.

(1.ª Epist. B. Petri.

Cap. V. vv. 2, 3 y 4.)

Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros. . . . sed con el espíritu la forma de vuestra grey. . . . y recibireis la corona inmarcesible de la gloria.

QUÉ significa, Señores, este lúgubre aparato. . . .?

¿Por qué nuestra hermosa Basílica, cual reina viuda, ostenta hoy las tristes vestiduras de amargo luto. . . .?

¿Por qué se levanta ese túmulo, radiante de lucientes antorchas, como los cambiantes de brilladoras estrellas en obscuro firmamento?.....

Ah! Señores. ¡Aun resuenan en mis oídos los tristísimos cantares de funerarias armonías; unas veces como el grito desgarrador y potente que arranca del corazón atribulado el alma dolorida; y otras como los ayes gemebundos del espíritu infortunado que eleva sus plegarias al cielo!!!. . . .

¡Ya me parece escuchar los tristes lamentos del coronado Profeta, cuando, embargado por el llanto, exclamó: "Montes de Gelboó, que ni el rocío ni la lluvia vengan sobre vosotros; porque murió el escudo de los valientes y el fortísimo en la guerra!" . . . .[1]

¡Ah! sí, parece que aun oigo el eco de las quejas lastimeras que Jeremías pusiera en boca de la Ciudad Santa, que cual viuda desolada llena estaba de pesar inmenso. . . . .!

¡Vuestra enlutada presencia en este fúnebre lugar, no hace más que confirmar mis tristes lamentos. . . . .!!

¡Sí, cristianos, la hora de Dios sonó en el reloj de la eternidad, y el ángel de

(2) II Reg. 1—21.